

## FRAY DIEGO DE MERIDA: UN VIAJERO ESPAÑOL AL ORIENTE EN EL SIGLO XVI

En 1945 publicó don Antonio Rodríguez Moñino el *Viaje a Oriente*, obra de fray Diego de Mérida, jerónimo del Monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe<sup>1</sup>. De este relato se conocen hoy dos manuscritos; uno (*códice A*) perteneciente a la colección particular de Rodríguez Moñino y, el otro (*códice B*) conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid. Este último es un volumen misceláneo donde están fundidas en una las narraciones de la peregrinación a los Santos Lugares de fray Antonio Cruzado (1483), el Deán de Maguncia (1483), fray Antonio de Lisboa (1507), fray Diego de Mérida (1507-1512) y el Marqués de Tarifa (1518-1519) reunidas todas ellas bajo el epígrafe común de *Tratado Muy deuoto del viaje e mis / terios de la Tierra Santa de Jerusalem e del Monte Sinay...* El relato de fray Diego de Mérida está tan desfigurado y con tantas interpolaciones que de no existir el *códice A* habría sido imposible restablecer el texto original.

Este artículo se propone destacar la figura de fray Diego de Mérida, cuya relación de viaje al Oriente musulmán es de considerable interés. La espontaneidad, el color y una indudable gracia popular animan su prosa. Por otro lado, el haber sido testigo presencial de los últimos tiempos del dominio mameluco en Egipto, hace que sus noticias posean alto interés documental.

Contrasta esta narración con la tan celebrada *Legatio Babylonica* de Pedro Mártir de Anglería quien, en 1501, visitó el Cairo, como embajador de los Reyes Católicos ante el sultán. Tan pocos años separan ambos relatos, que el de Mérida conoció o tuvo la ocasión de tratar a los mismos personajes que Anglería, como el sultán al-Ghuri, el cónsul catalán Felipe de Peretes y el intérprete Taghribirdi.

Aunque Diego de Mérida no fue más que un espectador, tuvo penetración para ver lo que ocurría a su alrededor, mientras que Anglería, muy intolerante en materia religiosa y ocupado tan sólo

---

1) *Viaje a Oriente*, editado por primera vez por Antonio Rodríguez Moñino, *Analecta Sacra Tarraconensia*, XVIII (1945) 115-187. Me ha parecido innecesario anotar las citas ya que no hay más que una sola edición del *Viaje* y el texto es breve.

del desempeño de su misión, no supo apreciar ni interpretar el mundo oriental.

Los datos biográficos en torno a fray Diego de Mérida son escasos. Fue "probablemente natural del pueblo de su apellido" y religioso del monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe, donde murió en 1518. El anónimo colector de los relatos que forman el *códice B*, le llama "sacerdote, predicador e professo" y añade que envió una epístola a sus hermanos los frailes de Guadalupe, desde la ciudad de Candía, en Creta, en el año de 1512. Aparte de los datos suministrados por el relato mismo, señala Rodríguez Moñino el que aún puedan conservarse en el mismo Monasterio de Guadalupe documentos relacionados con la vida del fraile jerónimo. Según los primeros, fray Diego conocía Extremadura y, en especial, la zona cercana a Guadalupe, la Alcarria, Toledo, cuya catedral describe muy cuidadosamente, Segovia, Sevilla, Córdoba y Carmona, posiblemente Santander, Asturias y Galicia y, fuera de España, cita a Roma.

En 1507 comenzó el jerónimo sus viajes por el Oriente, al embarcarse desde Venecia en dirección a Chipre. He fijado la cronología de estos viajes con relativa exactitud y el cómputo aparece incluido en el Itinerario que figura como Anejo a este trabajo.

El *Viaje a Oriente* es una carta escrita por fray Diego de Mérida a los frailes de Guadalupe desde la ciudad de Candía y enviada junto con unas cuantas curiosidades y reliquias por medio del mercader gaditano Marcos Salvadó (o Salvador) quien iba a Sevilla a bordo de un navío mercante inglés. Esta epístola, dividida en cincuenta y cuatro capítulos, va firmada, sin fecha ni nombre de la ciudad desde la que fue escrita. Los dos primeros tratan del trayecto desde Venecia a Chipre; del III al XVI se extiende la descripción de Tierra Santa; del XVI al LI relata lo concerniente a Egipto; y, desde el capítulo LI hasta el final, se ocupa de la isla de Rodas y del Laberinto de Creta.

El texto de esta epístola está corregido de manera harto descuidada, abundando las ambigüedades, las repeticiones y no pocas citas latinas que llegan, en ocasiones, a entorpecer el entendimiento de ciertas frases. Con todo, el modo de escribir del autor es tan directo y tan vivo que la narración se lee con interés y con gusto.

Fray Diego de Mérida, que tenía mucho más empeño en dar a los frailes guadalupanos una descripción clara de los Santos Lugares que en hacer un libro de viajes, se ha dejado llevar de un cierto tono didáctico que rebasa la mera descripción. Así, compara todo lo que ve con cosas de España y, de ser posible, cercanas a Guadalupe: el castillo del Soldán en el Cairo es "ni más ni menos que Carmona o la ciudad de Trujillo" y la tierra de Jerusalén

“ni más ni menos que la Alcarria cerca de Guadalajara”. Consecuencia de este didacticismo también, es el deseo, manía casi, de redactar una historia de instituciones desconocidas o exóticas para los colegas extremeños. Fray Diego se extiende en bastantes capítulos contando curiosidades de la vida de los mamelucos, de la corte del sultán, de las cuaresmas y ayunos de la iglesia griega, etc., sin olvidar las cifras, inexactas casi siempre, por estar recogidas de oídas.

A través de esta narración se perfila un espíritu aventurero y despierto, inquieto y lleno de curiosidad. Se diría que peregrinar no es más que un pretexto para este exclaustrado voluntario, hombre de intereses diversos, cuyo relato se aparta del tono común a los peregrinos contemporáneos. A fray Diego le interesa el islam, del que habla con bastante conocimiento; observa las restantes Iglesias cristianas y tiene el buen gusto de no criticarlas quizá por haber convivido con sus miembros de modo íntimo; le atraen las costumbres de los mamelucos a quienes dedica considerable cantidad de páginas; describe las calles del Cairo, etc...

En el *Viaje a Oriente* hay un reflejo vivo y pintoresco de la vida del Levante a principios del siglo XVI. Fue fray Diego hombre de muchos amigos y de una tolerancia rara dada su condición. Su interés en lo anecdótico nos ha dejado una extensa galería de tipos de toda índole. A partir de 1507, y en Venecia, vive gracias a su ingenio y relaciones, siempre de modo digno y, al parecer, relativamente desahogado. Desde allí hace el viaje a Chipre en compañía del Embajador del Sultán; en Nicosia le protege y hospeda un sobrino del Prior de Chipre por San Juan de Rodas; en Damietta es capellán del cónsul veneciano; remonta el Nilo en compañía del Abad griego del monte Sinaí y de otros monjes y con ellos continúa hasta el monasterio de Santa Catalina; los camelleros árabes le respetan y tratan “como si... fuera algún gran Alfaquí”; llegado al Cairo frecuenta a los franciscanos de Jerusalén, prisioneros, y traba amistad con muchos mamelucos, a juzgar por lo que cuenta de ellos. Va a sus casas, le acompañan a visitar las Pirámides y se entera de sus problemas personales; en cada sitio al que llega entra en relación con los judíos sefarditas y cuenta anécdotas mostrando que los conocía bien; los moriscos granadinos le invitan a sus casas; los caballeros de Rodas le acogen “con mucha honra”; y, finalmente, en Creta, un sobrino de la reina de Chipre, Jerónimo Cornelio, le toma por capellán suyo y escribe a Roma solicitando permiso para levantar en Candía un monasterio de San Jerónimo, cuyo priorato ofreció al de Mérida. Tantos años de andar y ver le hacen contemplar el Oriente con amor —cosa rara entre los occidentales— sin perder por ello su consciencia de religioso y de español.

### *El viaje a los Santos Lugares*

En el mundo mediterráneo de los siglos xv y xvi las repúblicas de Génova y Venecia compartieron con los turcos el poderío de la mar. En manos de las dos primeras estuvo el tráfico comercial del Levante, particularmente el de las especias, hasta la aparición de los portugueses. Venecia, tradicionalmente interesada en el Oriente, era el puerto de embarque para la Palestina ya antes del tiempo de las Cruzadas. Los venecianos armaban naves para el transporte de peregrinos, con una ruta fija y escala en Chipre, probablemente en el puerto de Limasol, distante unas doscientas millas marinas del puerto de Jafa.

En tiempos de fray Diego había que solicitar un permiso de desembarque del alcaide de la fortaleza del Jafo, dependiente del señor de Rama. El viaje desde la costa hasta Rama, unas tres leguas, lo hacían los peregrinos en asnos, acompañados de los alquiladores, un trujamán y una tropilla de "alárabes" a caballo. En 1507, todavía estaba en pie la hospedería de los franciscanos en Rama, con espacio suficiente para seiscientas personas, muchas "cámaras sin ropa" y una capilla provista de todo lo necesario para decir misa.

El camino hasta Jerusalén duraba unas diez horas, con frecuentes alarmas, interrupciones y parlamentos con las bandas armadas de beduínos que incesantemente solicitaban propinas.

La principal reliquia de Jerusalén era la iglesia del Santo Sepulcro, que estaba trancada "con dos llaves que se cierran con candados muy gruesos", en manos del gobernador de la ciudad o de sus delegados. La apertura tenía características de hecho solemne "Es una grand sumtuosidad verlos venir, quando han de abrir, acompañados de muchos escuderos". La puerta quedaba abierta unos veinte minutos que los vecinos del lugar se apresuraban a aprovechar recorriendo las estaciones. Los extranjeros esperaban fuera hasta el último momento por quedarse a dormir en el interior del templo cuatro noches, alojados por los religiosos de la "nación" del peregrino, ya que cada Iglesia cristiana tenía una pequeña residencia dentro del templo.

La costumbre era de visitar todas las estaciones del Santo Sepulcro procesionalmente, con velas encendidas, y por este orden: 1) Lugar donde fue ungido Cristo; 2) Capilla en la que Cristo esperó la Crucifixión; 3) Capilla en el lugar donde se sortearon las vestiduras; 4) Capilla subterránea de Santa Elena; 5) Capilla de la Invención de la Santa Cruz; 6) Capilla en la que estaba un pedazo de la columna de la coronación de espinas; 7) Capilla de los franciscanos; 8) Monte Calvario, y 9) Santo Sepulcro.

No se detiene mucho fray Diego en sus explicaciones de los lugares santos de Jerusalén, quizá por considerarlos bien conocidos de todos, al menos de nombre. Menciona la iglesia de Santiago, la casa de Pilatos, la iglesia del Tránsito, el lugar donde el Cirineo tomó la cruz, la casa de la Verónica, la del Rico Avariento y la de Herodes. Todavía se hospedó en el monasterio franciscano de Monte Sión, levantado por los Cruzados en el siglo XII, sobre la cámara de los sepulcros de David y de Salomón.

En los alrededores de la ciudad visitó el Campo de la Aceldama, usado como cementerio de peregrinos todavía en el siglo XVI, Getsemaní, la capilla de la Ascensión, el lugar donde Cristo dio el Paternoster a los Apóstoles, el de la composición del Credo, la tumba de Absalón, la fuente de la Virgen, la piscina de Siloé y el lugar del martirio de Isaías.

Y fuera de Jerusalén, la "Pequeña Galilea", Betphagé y Betania. De Jericó menciona fray Diego la bondad de la tierra, los huertos, naranjos y limoneros y los molinos. "¡Gran cosa sería sin duda Jericó si estuviese en poder de cristianos, que sería otra Córdoba!"

Hablando del Jordán hace notar que era costumbre entre los peregrinos el bañarse en él, celebrándose la fiesta del Santo Bautismo con gran pompa, oficio propio y procesión; curiosamente no hace comentario alguno acerca de la extrema salobridad y densidad del agua del mar Muerto que visitó. De excepcional interés es el extenso capítulo que fray Diego dedica al monasterio de San Jerónimo, situado a media legua del Mar Muerto y a una del monasterio de San Juan. Según sus noticias, parece que ambos monasterios se abandonaron unos treinta años antes de su visita, conservándose todavía pinturas y mosaicos en buen estado. Quedaba en pie la celda de San Jerónimo "de cal y canto y con dos ventanas".

Belén, "una cosa destruyda, mal habitada, de mala gracia de cosas" con una población de más de cuatrocientos vecinos entre cristianos, judíos y moros debió empeorar con rapidez a lo largo del siglo. Francisco Guerrero, el músico sevillano, peregrinó en 1588, estima que no llegarán a sesenta los vecinos de Belén, cantidad casi inverosímil para una zona tan pasablemente fértil. Junto a la iglesia grande del Nacimiento, estaba la de los Franciscanos, llamada de Santa Caterina, con su monasterio, formando un cuerpo los tres edificios. Todavía alaba fray Diego la hermosura de los mosaicos de la iglesia principal y su magnífico suelo de mármol, destruido por los turcos años más tarde. Sin embargo, lo que más le emocionó fue una piedra de las que forraban el pesebre donde una mancha cárdena parecía reproducir a San Jerónimo "como si estuviese pintado".

## Egipto

El motivo del viaje de fray Diego de Mérida a Egipto fue su deseo de visitar el monte Sinaí. A la vuelta de Jerusalén se quedó un año en Pafo, donde predicó la cuaresma de 1510. Fue debida tal demora a que por tres veces fracasaron sus intentos de embarque, logrando salir para Egipto a la cuarta. Su estancia en este país constituye la parte más interesante de su viaje y narración. Dado que permaneció allí de nueve a diez meses, tuvo ocasión de recorrer algunas partes del país y de enterarse con detenimiento de lo referente a la vida, costumbres y política de sus habitantes. La importancia de este testimonio es la de estar dado por un hombre con amplia experiencia de la zona y que usa material de primera mano. El jerónimo no es más que un cronista aficionado pero minucioso que recoge datos de lo que ve y de lo que le cuentan, sin analizarlos y sin darse cuenta de la importancia que tiene el momento político que está viviendo.

En mayo de 1510 desembarcó fray Diego en Damietta donde residió tres meses y medio como capellán del cónsul veneciano hasta la prisión de éste por los mamelucos. Libertado el cónsul y más calmada la situación, decidió llegar hasta el Cairo, acompañando a unos frailes y al prior griego del Sinaí, cambiando el hábito y haciéndose pasar por uno de ellos ante los ojos de las autoridades egipcias. Hicieron el viaje remontando el Nilo y el guadalupano hace una descripción colorista y graciosa de las tierras, cultivadas con esmero y llenas de norias, que se extiende a ambos lados, coronada por un curioso elogio de las aguas del río:

Es el agua del río Nilo de las cosas más sabrosas que vy ni gusté en mi vida: paresçe agua açucarada et aun que veuays un cantaro no empacha ni haze mal: engruesa mucho et haze sudar et criar (hablando con rreuerencia) grandes piojos. Yo estaua espantado, que avie día que dos vezes me desnudaua: no se sy los enbian del parayso terrenal Helias y Enoch.

Dos veces estuvo fray Diego de Mérida en el Cairo. La primera, cuatro días, de paso para el Monte Sinaí y, la segunda, a la vuelta, veinticinco, dedicados a visitar incansablemente todo lo que ofrecía cierto interés. Describe el Cairo, con sus 36.000 mezquitas, las *madrasas* "que tienen dos mil estudiantes de su ley, que les dan de comer y vestir cinco o seys años hasta que sepan bien la ley", los hospitales, casas de locos, asilos y otras fundaciones sostenidas por los *awqāf*<sup>2</sup> de los que da una idea.

<sup>2</sup> *waqf*, pl. *awqāf*, fundación pía.

Las viviendas de los musulmanes ocupaban más de 60.000 calles "esto no lo digo ni lo afirmo"; las de los cristianos situadas en su mayor parte en el Cairo Viejo; las de los judíos, que estima en tres mil y, de ellas, quinientas pertenecientes a judíos españoles y marranos antiguos. En número de sesenta calcula las iglesias y monasterios de los coptos, hermosos y dedicados los más a San Basilio y a San Antonio Abad. Catorce mil camellos se ocupaban de la distribución del agua a la ciudad, barrida y regada cada día, y en sus catorce calles de la Alcaicería se vendían especias y perlas. La tendencia a exagerar de fray Diego sube de punto cuando afirma que sólo los habitantes del Cairo podrían repoblar España entera.

Su descripción de las calles del Cairo vale la pena de reproducirse aquí porque, a mi parecer, recoge con toda fidelidad el despertar de las ciudades en Oriente, visión que acredita al fraile de Guadalupe como observador fino y como excelente narrador:

E quando llegamos al Nilo (el qual por fuerça aviamos de pasar por barca) ya era de día, que en salir de la población del Cayro estovimos dos horas.

Entonces vimos mucho del Cayro et aunque era de noche avía tantas candelas et lámparas por las calles y con tan gran concierto, que es una admiración. Estas se ençienden quando canta el almuédano, por que las calles estén claras para que vean los que van a la oración. Era tanta la gente que ya andaua que era espanto et ninguno nos dixo una descortesía. Verdad es que ýbamos aconpañados como dixe. Enpero era cosa cierto muy hermosa ver tantas luzes a las puertas de las mezquitas llenas de lámparas muy grandes. E cantavan a choros los alfaquies; verdaderamente que nos paramos a ver en una de aquellas mezquitas.

Demás desto son tantos los cozineros por las calles que desde aquella hora estaban ya guisando con mucha limpieza de comer que es cosa maravillosa, por que en aquellas partes usan comer de mañana.

De las pirámides hace una descripción detallada y da las medidas de una de ellas. Indica que unos catorce años antes, el sultán al-Ghuri envió "grandes maestros" a descubrir la entrada de las pirámides y que en una se halló un gran tesoro. En ella entraron varios frailes y mamelucos de la compañía del de Mérida y, sirviéndose de velas, llegaron hasta la cámara funeraria, que estaba vacía.

A cinco millas del Cairo visitó la Maçería, donde se conservaba la huerta del Bálsamo; la higuera en la que, según la tradición, se escondió la Virgen viniendo de Jerusalén; y la fuentecilla en la que Esta lavó los pañales del Niño Jesús. Cercano estaba el obelisco llamado "la aguja de Pompeo" cubierto de caracteres que "no

ay quien los entienda". De Alejandría, donde vivió cerca de tres meses, menciona los obeliscos, el excelente estado de conservación de las fortificaciones, las iglesias y la riqueza de los bazares.

### *El Viaje al Sinaí*

Emprendió fray Diego de Mérida el viaje al Sinaí el 1 de febrero de 1511, en compañía de tres religiosos de la Orden de San Basilio y haciéndose pasar él también por fraile griego. Hicieron el viaje en caravana y las noticias que nos da son todas exactas y bien observadas. Sin embargo, este hombre tan amante de las aventuras y con tal fervor de peregrino, se ve asaltado de sanchopancesca pesadumbre ante las incomodidades del desierto. Durante todo el viaje echa en falta la carne ya que sus parcos compañeros no llevan por toda provisión más que "cebollas, ajos, pasas, garvanços tostados e huevos cochos". Sobremanera graciosa es su realista descripción de una jornada a lomos de camello:

¿Quién podrá contar el trabajo del camino? La sed que se sufre, hambre por que no ay que comer, no podeys comer syno sobre el camello que va syempre andando et el su andar es muy alto, que llevays el pescueço e espinazo moídos y quebrantados et (hablando con reuerençia) las partes inferiores desolladas et todos aquellos frayles et yo llevávamos aquellas pasiones. Nunca parávamos en todo el día et començávamos a andar dos horas antes del día et parávamos una hora antes que se ponga el sol. Pues ¿qué diré de proveer natural mayor et menor, que cada vez avéis de rogar al moro como a Dios que baxe el camello, lo qual haze de muy mala gana por la pena que el camello syente?

Tras un viaje un tanto accidentado, llegaron al monasterio de Santa Catalina, donde se conservaba el cuerpo de la santa, cuyas reliquias vio fray Diego. Describe las ermitas e instalaciones de la Orden y, llevado de su afán de historiador de instituciones, dedica todo un capítulo a explicar las prerrogativas y posesiones de los frailes del Sinaí, sin dejarse en el tintero los "tres camellos et doze bestias et tres mulas et asnos" propiedad de la santa casa.

La vuelta al Cairo tuvo aún más avatares que el viaje de ida. Al cabo de seis días de estancia en el monasterio, y de doce en espera de una caravana, emprendió el camino en un grupo de más de treinta árabes. A media legua del mar Rojo les sorprendió una tempestad de arena: comenzaron a gritar los árabes y se arrodillaron los camellos todos juntos, presentando las ancas al viento; pero el jerónimo, poco experto en tales trances, aguantó sobre su cabalgadura las doce horas de temporal, envuelto en la sarga de



San Basilio, socorrido de una calabacita que llevaba con agua y sumido en los más tristes pensamientos:

Dios sabe en estas dos horas quanta fatiga rescibí et aflicción del corazón, sudando de angustia, e acordándoseme de la carne momia et pensaua si avía deser enbalsamado! Enpero Dios me es testigo que entre tanta angustia siempre me pareció que me daua al corazón una boz que dezía: ¡no peresçerás! et me esforçaua mucho”.

Finalmente llegaron todos salvos al Cairo. Desde allí pasó el de Mérida a visitar los monasterios de los padres del desierto, en ruta hacia Alejandría. En este puerto embarcó para la isla de Rodas y, después de detenerse allí una temporada, pasó a Creta, fijándose en Candía, desde donde fue escrita la narración de la que nos ocupamos aquí.

### *Importancia e la obra de Fray Diego de Mérida*

El interés del *Viaje a Oriente* reside principalmente en la información que su autor nos da sobre la vida política de Egipto y en las cualidades de narrador y observador agudo de que hizo gala.

En 1517, con la conquista otomana, terminó el gobierno de los mamelucos burğies que habían regido los destinos del país desde 1382 y se consumó la ruina económica que desde hacía muchos años amenazaba. En el período comprendido entre los últimos meses de 1510 y los primeros de 1511, época en la que fray Diego visitó Egipto, tuvieron lugar acontecimientos importantes para la historia del país, de cuyas manifestaciones externas fue testigo presencial. Hombre despierto y curioso, aunque no dotado de un espíritu analítico, dio cabida en su relato a muchas noticias de actualidad que reflejan la complicada situación política de entonces y la siempre azarosa relación entre los príncipes musulmanes y los cristianos.

### *El Sultán*

Kansuh al-Ghuri, de origen circasiano, hombre afable y modesto, aceptó el sultanato cuando tenía ya más de sesenta años. Pronto sus exageradas exacciones tributarias le hicieron impopular entre sus gobernados y entre los comerciantes extranjeros quienes llegaron a la conclusión de que el comercio de Egipto era una serie continua de molestias, vejaciones e impuestos extravagantes, sin contar la desvalorización oficial de la moneda, lo que hacía casi imposible el negociar. Con los fondos así adquiridos al-Ghuri fortificó plazas fronterizas, acomodó los santuarios de la Meca, derrochó lujo en el ceremonial de la Corte y, sobre todo, creó una gran

fuerza de mamelucos. Fray Diego, amigo de muchos de éstos en el Cairo, recibió probablemente una idea partidista acerca de este sultán, de quien habla en términos respetuosos: "Hanme dicho que el sultán puesto de fiesta et con aquel tocado que es cosa que pone espanto et auctoridad et que los cuernos es en lugar de corona de rey o de enperador".

### *Los Mamelucos*

Extraordinaria curiosidad despertaron los mamelucos en fray Diego quien dejó unas páginas muy exactas acerca de su organización y modo de vivir. Señala las dos clases de esclavos del sultán y de "ventureros", describe sus deberes y categorías, protegidos por exclusivas ordenanzas que les hacían señores de vidas y haciendas. Según su testimonio parece que éstos, orgullosos de su origen europeo, depreciaban a sus correligionarios, hasta el punto de que "los christianos con fauor de los mamellucos, hazen algunas demasias a los moros y especialmente a los judíos tramposos. Todo el amenzar del Cayro es: "Yo traere un mamelluco conmigo que te rompa las costillas con el bastón. A qualquier cosa se dize esto".

Aunque no hay que fiarse de los cómputos de fray Diego, apunta que en su tiempo había 20.000 mamelucos de los orígenes más diversos, predominando los del "Reyno de Xarquia" o circasianos contra los que todos los otros estaban unidos, quizá por ser éstos los más protegidos del sultán. Existían continuas discordias entre ellos pero tenían el buen sentido de unirse ante los no-mamelucos "porque los moros querrían ver beuida la sangre de los mamellucos porque los enseñorean et les han gran miedo".

Quizá esta afición del fraile por ellos se daba a que hizo amistad con numerosos mamelucos españoles que allí había. Nos dice que se encontró con "españoles asaz et de nuestra Castilla hallaréys de Seuilla, de Toledo, de Córdoua, y de Segouia y del Herena y de Portugal. Vy asturianos et fui a su casa...". Tal descubrimiento y el hecho de que, en realidad, los mamelucos siempre se comportasen con él amablemente, debió de producirle la impresión de que tales hombres de armas eran compatriotas empujados por la desgracia a un género de vida y de creencias contrarios a su voluntad. "De los xx. mil mamellucos que ay, sy el rey de España o de Francia passase por aquellas partes la meytad dellos darian buelta (no desean otra cosa), de otra manera es muy dificultoso a ellos salir, por que ay muchos guardas en los puertos de mar".

### *La Ruina Comercial*

La accesión de al-Ghuri coincidió con el descubrimiento de la ruta de la India por el Cabo de Buena Esperanza. Los portugueses

decidieron terminar con el enojoso sistema de comerciar utilizando las rutas caravaneras que, forzosamente, habían de atravesar el territorio egipcio. Al mismo tiempo vieron una magnífica oportunidad de convertirse en los dueños del tráfico de especias de la época y de transferir a Lisboa un comercio hasta entonces en manos del sultán. El primer paso de los portugueses fue el asegurarse posesiones costeras fortificadas en la India y, basándose en ellas, comenzar a desviar la ruta hacia esta nueva zona. La coincidencia de la puesta en uso de este nuevo camino con las radicales medidas económicas del sultán al-Ghuri fue tan fulminante que, ya en 1502, los barcos venecianos volvían medio vacíos, pagando a peso de oro las escasas especias conseguidas en Egipto.

No se le ocultó al sultán que el país iba rápidamente hacia la bancarrota y, animado por los venecianos que veían pasar el comercio a sus rivales, se decidió a fortificar los puertos de Arabia y a hostilizar a los portugueses, valiéndose de sus títulos de protector de los musulmanes de Arabia y de la India. Los portugueses, por su parte, hundieron varios navíos indios y uno propiedad del sultán, enviando éste entonces al Prior del Monte Sión (un franciscano español llamado Fray Mauro) con una carta dirigida al Papa, amenazando con la destrucción de los Santos Lugares de Jerusalén si el Rey Manuel de Portugal no cesaba las ya comenzadas hostilidades. No hubo paz porque el rey portugués sabía positivamente que el sultán no iba a privarse de la saneada fuente de ingresos del peregrinaje. La guerra duró hasta 1517, año en que terminó la independencia de Egipto.

#### *Represalias por la toma de unos barcos del sultán*

Dedica fray Diego varios capítulos a las represalias tomadas "por que Rodas avía tomado el armada del soldán" sin decirnos nunca en qué consistió el hecho.

En mayo de 1509 llegó a Egipto un hijo del sultán de Turquía Bayaceto, el cual había reñido con su padre. Reconciliado con éste al cabo de cierto tiempo, volvió a su patria acompañado por una flotilla de honor egipcia ya que al-Ghuri tenía gran interés en mantener buenas relaciones con los otomanos. Este viaje de vuelta se hizo en mayo de 1510. Cercanos a las costas del Asia Menor, aparecieron unas naves de Rodas que desbarataron a los egipcios y los obligaron a huir. Poco después hallaron otro convoy egipcio, bastante numeroso, a punto de entrar en el golfo de Alexandreta. Atacado en la rada de Ayas, cayó el convoy entero en manos de los sanjuanistas. Se tomaron diez y ocho navíos cargados de madera de construcción, armas y municiones destinadas a la guerra con los portugueses.

Las represalias no se hicieron esperar y produjeron una gran conmoción en todo el mundo cristiano. El 17 de septiembre mandó el sultán arrestar a todos los religiosos del Santo Sepulcro y encarcelar a todos los europeos residentes en las ciudades del litoral, especialmente en Damietta y Alejandría. En octubre trajeron a veinte monjes de Jerusalén quienes fueron instruidos por el Dragomán Mayor, en presencia del sultán, de escribir a los reyes de Europa y decirles que si no devolvían las armas y navíos que sus súbditos habían tomado, que mandaría deshacer el Santo Sepulcro y haría ahorcar a los monjes. Por aquellos días llegaron cincuenta europeos de Alejandría que también fueron encarcelados.

Veamos lo que dice fray Diego de estos hechos. Cuando desembarcó en Damietta, el cónsul veneciano de los cristianos, le recibió "con fastidio" ya que llegaba al país en un momento en que acababan de traer presos "al Guardián de Jerusalén y a los frailes y al Patriarca de Jerusalén de los griegos y al prior de Santa Cruz". Durante este tiempo la vida normal continuaba de modo que fray Diego decía misa para la colonia de latinos de la ciudad. A los tres meses y medio de su llegada los mamelucos del Cairo se llevaron al Cónsul y a otros siete mercaderes. Pero el Señor de Damietta, Alfaquí Mayor, que pagaba 70.000 ducados anuales al sultán, pidió a éste la devolución del cónsul y comerciantes porque, de no hacerlo, no le pagaría la renta. Antes de veinte días se resolvió el asunto y volvieron los presos, saludados por los añafiles y el correr de la pólvora.

Respecto a la prisión de los cristianos en el Cairo, da fray Diego noticias que prueban cómo el sultán no tenía la menor intención de terminar con el peregrinaje a los Santos Lugares. Cuando el jerónimo estuvo en el Cairo en 1511, mantuvo trato frecuente con los detenidos, que gozaban de generosa libertad. En el capítulo 27 de su carta, hace constar que todo lo dicho en Europa acerca de estos sucesos no fueron sino "cosas de desvarios". El Guardián de Jerusalén, el Prior de los godos [coptos] y el de Santa Cruz andaban libremente por la ciudad, lo mismo que el cónsul de los catalanes, españoles, franceses y florentinos. Sin embargo, los venecianos estaban todos encadenados.

### *El Gran Dragomán Taghribirdi*

Aparece ahora la curiosísima figura del Gran Dragomán Taghribirdi, hombre de confianza del sultán y amigo personal de nuestro fray Diego. Taghribirdi fue enviado a Roma desde 1506 hasta 1507 para entrevistarse con el Papa y tratar de la paz con los portugueses, aunque su gestión no tuvo éxito. Más tarde estuvo en Venecia donde firmó un tratado comercial con la Signoría.

Fray Diego le conoció en Venecia —lo que fija de modo indudable su estancia allí en 1507— y se vino en su compañía hasta Chipre: “Estando en Venecia huue algún conocimiento con el embaxador del Soldán que allí estaua, el qual embaxador hera español, de nación catalana, e auía sido estudiante e aprendido en Salamanca e, según me dixeron, fué subdiácono e como era marrano viniendo en las partes de Alexandria renegó la fé de nuestro Redemptor Ihesuchristo e fue hecho mameluco”.

Taghribirdi fue quien transmitió a los monjes las amenazas del sultán y quien guardó a todos los cristianos prisioneros en su casa. Y en el Cairo le volvió a encontrar el jerónimo español cuando hubo de presentarse ante él, como era obligación de todo cristiano extranjero.

Ya había apuntado el de Mérida que al antiguo estudiante de Salamanca “sienpre le a quedado un amor e affección a los christianos e procura por ellos”. La acción naval del golfo de Ajax adquirió proporciones de incidente internacional en el que se vieron envueltas las naciones cristianas con intereses mediterráneos. Para lograr concesiones, afirmaba al-Ghuri que no dudaría en destruir los Santos Lugares, mientras que su Gran Dragomán se carteara con los soberanos europeos afirmando lo contrario. Descubierta el doble juego del intérprete, éste fue encarcelado en marzo de 1511, noticia corroborada por el silencio del jerónimo al tiempo de su segunda estancia en el Cairo.

#### *Venecianos contra franceses.*

“Los venecianos están más estrechos porque ay una mala lengua que los revuelve con el Soldan por hazer plazer al rey de Francia. E aun lo mas que se dize que se cartearan con el gran sofi para contra el Soldan”. En efecto, acababan de ser detenidos unos espías con cartas del Shah Ismail a la República de Venecia proponiendo una acción conjunta, en la que los venecianos contribuirían con su flota y los persas con un ejército.

Esta “mala lengua” era la del cónsul de franceses y catalanes en Alejandria, Felipe de Peretes, personaje influyente en la Corte de Egipto quien, ya diez años antes, había actuado como intermediario entre el sultán y Pedro Mártir de Anglería, embajador de los Reyes Católicos, recibido en audiencia el mes de diciembre de 1501.

Felipe de Peretes logró calmar a al-Ghuri, prometiéndole la ayuda de Francia contra los portugueses e insinuando que Luis XII podría ser mejor cliente que la Signoría. Pasándose de los límites que la prudencia aconseja, prometió también que los sanjuanistas devolverían los navíos capturados. El sultán entonces envió una

carta muy razonable al rey de Francia, prometiendo seguridad de comercio y de peregrinaje, lo que decidió a Luis XII a enviar al embajador André Le Roy al frente de una misión que llegó al Cairo el 25 de marzo de 1512.

Los venecianos enviaron rápidamente otra misión diplomática encabezada por el sutil Domenico Trevisani, recibida por el sultán el 10 de mayo de 1512. Las gestiones de los franceses para lograr la devolución de las naves, fracasaron ante la negativa de los caballeros de Rodas. Mientras tanto, los venecianos aproximaron una flota mercante que fondeó en Alejandría en el momento propicio, llenando de gozo al sultán que veía la vuelta de sus mejores clientes. Trevisani convenció a éste de la inocencia de los venecianos en el pretendido complot urdido por los persas y logró la libertad de cónsules y mercaderes.

Las relaciones comerciales de Venecia con Egipto continuaron como antaño pero ni uno ni otro pudieron evitar que el comercio de las especias quedase definitivamente en manos de los portugueses.

#### *La clausura del Santo Sepulcro*

En enero de 1511 un enviado del sultán marchó a Jerusalén a sellar el Santo Sepulcro y a incautarse de sus bienes, continuando con el programa de represalias contra la acción de los caballeros de Rodas.

Ya hemos visto que el Guardián de Jerusalén gozaba de tal libertad que había salido del Cairo para visitar las pirámides. Presos estaban los dos franciscanos que acompañaron a fray Diego a la misma excursión y presos los otros dos que marcharon a Alejandría para predicar en la Semana Santa de 1511. En aquella ciudad, interrumpido totalmente el tráfico marítimo, había muchos cristianos mercaderes y hombres de mar, aparentemente, libres.

De todos modos, de no incurrir en la ira especial del sultán, el estar preso era una desgracia bastante llevadera. Siguiendo siempre lo que nos cuenta el jerónimo, los presos del Cairo que estaban sin recursos, podían salir por las calles a pedir para su manutención y rescate, fuesen moros o cristianos. Hay un ejemplo de cincuenta marineros que iban de dos en dos "con cadena sutil al cuello et su candado, no más gruesa la cadena que de unos galgos et tan luzia como de plata". Tanto el patriarca del Cairo, de la Orden de San Macario, como las monjas y aún los mismos mercaderes turcos, daban tal cantidad de limosnas que se admira el cronista, "es cosa espantosa lo que traen a cuevas de pan et otras cosas".

Cuenta Juan Thenaud, miembro de la misión francesa, que cuando llegó a Jerusalén en agosto de 1512, fue recibido por el

Prior y los frailes que él había tratado en el Cairo, quienes ya estaban en libertad desde hacía cierto tiempo, gracias a los buenos oficios del embajador Trevisani quien también logró la apertura del Santo Sepulcro.

Fray Diego trata de estos sucesos en el capítulo 28 de su epístola. Según sus noticias, los mamelucos se limitaron a llevarse al Guardián y a doce frailes de una comunidad de treinta, cerrando la iglesia de Jerusalén pero dejando abierto el monasterio. Fueron expulsados de Belén y de Siria; a donde habían vuelto cuando se escribió la carta. En Monte Sión los enviados del sultán se llevaron los ornamentos sagrados de valor y 5.000 ducados, conseguido colocando unos capacetes de hierro caliente en las cabezas de dos frailes para hacerlos declarar. Fray Diego, siempre empeñado en ver el lado bueno de los mamelucos, dice que también de todos estos atropellados, "compucta sunt viscera soldani" y que éste ordenó dejar todo bajo llave. Así que no hubo que lamentar más pérdidas que 700 ducados gastados en viajes y un ornamento de seda verde convertido en caparazones para caballos.

Es casi innecesario añadir que, como la ira del sultán estaba encaminada contra latinos y griegos, las restantes iglesias de Oriente, sus grandes enemigos, enviaron también embajadores para añadir sus quejas a la confusión ya reinante en el Cairo. En 1512 se reunieron allí Embajadas de Francia, Venecia, Persia, Turquía, el Rey de Georgia, la señoría de Adana, el sultán de Túnez y el Sherif de la Meca. El enviado georgiano que llegó en 1511 se quedó once meses en el Cairo gestionando favores para las iglesias orientales y obtuvo bastantes, especialmente en lo referente a impuestos y a libertad de paso.

### *La guerra de Berbería*

En 1509, Cisneros organizó un ejército con el que llegó a Mazalquivir el 17 de mayo de aquel mismo año. Orán fue tomado rápidamente y Cisneros volvió a Castilla mientras el ejército continuaba la conquista. Esta guerra alarmó a los musulmanes del norte de Africa de modo quizá exagerado. "Quando el rey de España hacía la gran armada avían acá gran miedo los moros...". Y, en efecto, gran cantidad de fugitivos de Berbería se refugiaron en Egipto. "Vy acá hacer almoneda de las armas que se perdieron en la guerra de Berbería... todo lo traen de Berbería porque es infinito la gente que de los moros se vienen de Berbería".

No es extraño que los españoles tuviesen mala reputación en Egipto por, 1) El recuerdo de la guerra de Granada, no muy distante todavía; 2) La progresiva conquista de la costa norte de

Africa; y, 3) El estar del lado de los portugueses en la disputa del comercio por la ruta de la India.

Fray Diego, hombre avisado, se ocultó bajo unas tablas en lo más alto de la casa del cónsul en Damietta, a la llegada de los mamelucos, hasta que pasó el peligro, ya que "los españoles son mal vistos después de la guerra de Berbería y sospechosos de espías". Todo el que entraba en Alejandría, era registrado concienzudamente, haciéndole "descalçar (hablando con rreuerencia) hasta los paños menores, lo qual ví por esperiencia" para ver si llevaba cartas para Francia, Rodas o España. Tal era la alarma, que había 500 mamelucos reforzando la guarnición de la ciudad y todas las noches los cristianos extranjeros eran encerrados en tres alhóndigas.

### *El Preste Juan de las Indias*

Según fray Diego de Mérida, la razón por la que el sultán de Babilonia no osaría quitar una sola piedra del Santo Sepulcro, era por no incurrir en el desagrado del Preste Juan de las Indias a quien el sultán pagaba tributos por el agua del Nilo. El jerónimo se refiere al Negus de Abisinia cuyos súbditos, a pesar de ser cristianos, estaban exentos de tributos en Egipto, como si fuesen musulmanes.

Como es natural, el tema del Preste Juan atrae a nuestro fraile quien dice, que el fabuloso personaje "no es Patriarcha ni sacerdote, mas emperador y ordenado de Evangelio, so cuyo imperio son setenta y dos reyes et tiene Patriarcha". Estos datos deben estar tomados de una carta muy popular en Occidente hacia 1165, que dirigida al Emperador Bizantino Manuel, circuló ampliamente en varias versiones.

Cuando fray Diego estuvo en Sinaí, vio en el puerto de Isrraeto varias naves con la bandera del Preste Juan, blanca, roja y con una cruz en el centro. La descripción de estas naves "no muy grandes, muy pintadas a paguopa y proa; su árbol o mástil, gentil" hace pensar en los tradicionales "dhows" indios que responden fielmente a estas características.

### *El Gran Sofí*

Dedica el jerónimo el capítulo XXIX de su relación al Gran Sofí, cuyo poder y belicosa actitud causaron no pocos desvelos a los países vecinos. Shah Ismail, el Gran Sofí, llegó a dominar el Azerbaiján, Persia, Khorasán y Transoxiana. Pronto hubo de enfrentarse con la Puerta ya que, además del inevitable conflicto de intereses políticos, Ismail y sus partidarios eran shiítas heterodoxos. Temeroso a la vez de los turcos y de los persas, mantuvo al-



Ghuri una política de alianzas poco estables que ocasionó su ruina. El Gran Sofí atemorizaba por igual a todos los poderes circundantes hacia 1511, según el testimonio de Diego de Mérida quien, recogiendo las habillitas contemporáneas hace a Ismail hijo de una princesa bizantina y de un musulmán, le pinta escondido durante ocho años en un convento de monjas de Trapisunda (Trebisonda) y añade otras noticias, algunas exactas como el que "tiene la doctrina de Ali" pero la mayoría patrañas del tipo de que "su capitán es San Jorge", "trahe un Patriarca de Armenia", "tiene juramento de bautizarse en Jerusalén", etc. En el verano de 1513, los turcos, mandados por Selim, derrotaron a Ismail cerca de Tabriz y se prepararon a la conquista de Egipto. En 1516 pereció al-Ghuri, con la derrota de Tumanbeg en marzo del año siguiente, desapareció el Egipto independiente.

De acuerdo con el texto de su carta, fray Diego de Mérida estaba en Candía todavía en 1512. Ya no hay más noticias suyas, aparte del lugar y la fecha de su muerte —Guadalupe 1518— dados por el padre Germán Rubio<sup>3</sup>.

Más de una decena de españoles visitaron Egipto y los Santos Lugares en el siglo XVI y dejaron un relato de su viaje. Algunas de estas obras son hoy bastante conocidas, como la *Legatio Babylo-nica* de Pedro Mártir de Anglería, la *Tribagia* de Juan del Encina y el *Viaje de Hierusalem* del músico sevillano Francisco Guerrero, aunque las más han sido olvidadas.

Dentro de este género, la carta del oscuro fraile de la Orden de San Jerónimo, es, sin duda, una de las más interesantes. No sólo se aparta de la monotonía dominante en muchos relatos, redactados al modo de un Itinerario, sino que, dominado de la afición por los viajes, anota en su obra todo lo raro y curioso que se ofrece ante sus ojos, dejándonos así un cuadro animado y muy bien descrito de la vida en el Levante por aquellos años.

Durante su estancia en Egipto tuvieron lugar acontecimientos de importancia que fray Diego de Mérida no llegó a entender en toda su complejidad pero que consignó en su epístola. Aunque inexacto, su testimonio arroja luz sobre oscuros detalles internos de la política seguida por el sultán en sus relaciones con Europa. El autor del *Viaje a Oriente* supo entender a las gentes que trató y en su relato no hay muestras de esa intolerancia racial y religiosa tan frecuentes en otros viajeros. De gran interés, por ser de primera mano, son las noticias que da sobre Felipe de Paretos, sobre Taghribirdi y sobre los judíos y moriscos españoles disemina-

<sup>3</sup> *Historia de Nuestra Señora de Guadalupe* (Barcelona, 1927) 279: "Fray Diego de Mérida, muerto en 1518; que, habiendo visitado la Tierra Santa, escribió un tratado sobre ella". Nota de Rodríguez Moñino en id. 116.

dos por las tierras que visitó. En estas páginas he pretendido dar al lector una idea general acerca de esta obra. Para más adelante reservo una edición crítica del *Viaje* de fray Diego de Mérida en la que se podrá apreciar la calidad única de este relato.

## A N E X O

### ITINERARIO DE LOS VIAJES DE FRAY DIEGO DE MÉRIDA

1. Venecia, 1507.
2. *Veintidós días* de travesía desde Venecia a Chipre.
3. “después de pasado *algún tiempo* que estuue en la Isla de Chipre esperando la galea de venecianos que suele traer peregrinos e pasar por Chipre, que es la uía real del sancto viaje, no vino aquel año que fué el de *quinientos e siete*.”
4. Once días de viaje. Llegan a Jafa el *jueves de las octavas de Pascua* de 1507.
5. Llegada a Jerusalén en el amanecer del domingo *in albis*. Han transcurrido *cuatro días* contados a partir del jueves, día de llegada a Jafa.
6. “En Iherusalem e en sus comarcas estuimos *xvi días* contados desde el día que desembarcamos en el puerto de Jafa.”
7. A pesar de repetir dos veces en la pág. 16, que pasaron *diez y seis días* en Jerusalén, fray Diego parece contradecirse en la pág. 31 cuando dice: “Hasta uoluer a embarcar al puerto de Jafa estouimos en visitar lo suso *diez y ocho días*”. Es probable que esos dos días de diferencia cubran el tiempo del viaje de vuelta.
8. Llegada a Chipre, donde se queda *un año y medio* en Pafo. Allí predica la Cuaresma del año 1510.
9. Pasa a Egipto y desembarca en Damietta donde reside *tres meses y medio* hasta la prisión del cónsul de los cristianos. El cónsul fue liberado “antes de veinte días”.
10. “después desto” se dirigió fray Diego al Cairo en compañía del Abad de Monte Sinaí tardando *once días* en remontar el Nilo. Detención de *cuatro días* en la ciudad antes de emprender de nuevo viaje.
11. Desde el Cairo hasta Haneque, doce millas. Calculo *una jornada* de viaje.
12. Desde Haneque a Isrraeto, *nueve días*.
13. *Cuatro días* de parada en Isrraeto.

14. *Dos días* hasta el monasterio de Sinaí. Llegan el *miércoles, 16 de febrero de 1511*.
15. *Seis días* de estancia en el Monasterio.
16. *Dos días* de viaje de vuelta a Isrraeto.
17. *Doce días* esperando caravana en Isrraeto. (En los que cayó la primera semana de cuaresma).
18. Calculo *nueve días*, el mismo tiempo que tardaron a la ida. La tempestad de arena que sorprende a la caravana es el día de la vigilia de San Gregorio, *11 de Marzo de 1511*.
19. Estancia de *veinticinco días* en el Cairo.
20. Viaje a Alejandría. Del Cairo a un lugar llamado Terrén, *un día*.
21. Al hablar de los monasterios del desierto, da la impresión de que fray Diego se detuvo a visitar el de San Macario pero no los otros tres. No marca el tiempo empleado en el viaje.
22. Estancia en Alejandría "desde el *día de Ramos* hasta el *día de Corpus Christi* et hasta la *fiesta de San Pedro y San Pablo*".
23. Pasa a Rodas. Está allí el *día de la Asunción de Na. Sra.*
24. Pasa a Candía, Creta. Visita el laberinto el *día de San Miguel*, vigilia de San Jerónimo, del año *1511*. Después de la cuaresma todavía está en Candía.

Ann Arbor University  
Michigan

SALVADOR GARCÍA